



El determinismo ambiental en *Doña Perfecta*,
de Benito Pérez Galdós

M^a Ángeles Santiago y Miras

El tratamiento que Benito Pérez Galdós da a sus personajes en todas sus obras es de una maestría ejemplar. Todos ellos están estudiados

minuciosamente y su psicología es precisa, concreta. Contrapuestos los unos con los otros, dan lugar a una conjunción tal, que todos ellos se complementan, dando a la narración un equilibrio total.

En *Doña Perfecta* se nos presentan claramente delimitados unos personajes con connotaciones positivas y otros con connotaciones negativas. Del mismo modo, crea algunos de ellos para permanecer al margen de la acción principal, con la única finalidad de equilibrar la balanza entre el bien y el mal o de rellenar una serie de situaciones en donde se necesitan unos personajes secundarios, dispuestos siempre a desviar la atención de un asunto importante o para ser causa, por así decirlo, involuntariamente, de una nueva confrontación.

En ocasiones, estos personajes juegan un papel decisivo en el desenlace de la obra, a pesar de haber permanecido en la sombra durante toda la novela. Este el caso de María Remedios, quien casi pasa desapercibida a lo largo de toda la obra, pero que será quien tome las riendas al final de la narración y quien abocará al desenlace, en este caso trágico, de la misma.

* Los personajes con connotaciones positivas son: **Pepe Rey**, el protagonista y **Rosario**, hija de Doña Perfecta y prima de Pepe Rey.

* Los personajes con connotaciones negativas son: **Doña Perfecta**, madre de Rosario y tía de Pepe Rey; **Don Inocencio**, Penitenciario de la catedral de Orbajosa (aunque en ocasiones da la impresión de encontrarse en un plano contradictorio y ambiguo); **María Remedios**, sobrina de Don Inocencio; **Cristóbal Ramos, Caballuco**, correo de la comarca y uno los caciques más importantes; **Pedro Lucas, tío Licurgo**, empleado de Doña Perfecta y Orbajosa, ciudad en donde se desarrollan los acontecimientos, a la que considero personaje esencial de la novela porque, al hablar de ella se habla, por extensión, de la idiosincrasia de todos los seres que la conforman. Ella, la cerrazón de sus gentes, la negación al progreso, determinan los hechos y son su explicación.

* Guardando un equilibrio entre ellos encontramos a **Don Cayetano**, cuñado de Doña Perfecta y a **Jacinto**, hijo de M^a Remedios y secreto pretendiente de Rosario.

Es una situación plausible la que se nos presenta en esta novela, sobre todo si tenemos en cuenta la mentalidad de las gentes que poblaban nuestras tierras y, más exactamente, la de las gentes de las pequeñas ciudades y pueblos durante el siglo XIX.

El realismo exacerbado que esta novela encierra se acentúa con la crítica, por parte de Galdós, de la sociedad que le envuelve, plagada de luchas políticas, de luchas por el poder y que, en algunos momentos del pasado siglo, desembocaron en guerras fratricidas que regaron de sangre el país y sembraron sus campos de cadáveres, como fue el caso de las Guerras Carlistas o de las confrontaciones que se nos narran a lo largo de la obra, por continuas disidencias de las gentes con la política de los gobiernos de la

época, y que los orbajosenses calificaban de *injerente en los problemas de su ciudad*.

El conflicto comienza con la llegada a la ciudad de Orbajosa de un joven ingeniero, Pepe Rey (¿“el Rey”, el amo de las tierras?), a quien su tía, doña Perfecta, dueña de grandes extensiones de tierra y de fincas de esa localidad, manda llamar para que conozca a su hija Rosario y decida si es factible la unión matrimonial entre ambos. Pero una serie de circunstancias desprendidas de los caracteres incompatibles de Pepe Rey y de doña Perfecta, así como de la injerencia en el asunto de una serie de personajes que giran alrededor de la terrateniente, darán lugar a la negativa de ésta a la unión matrimonial y al final trágico de la novela.

Es clave para comprender la cerrazón de las gentes de Orbajosa comprobar el estatismo y la sordidez del lugar, que se observan desde el comienzo de la narración en las descripciones de los paisajes por los que transita el protagonista camino de la ciudad en donde deberá pasar una temporada: paisajes austeros, sórdidos, descuidados, típicos de la meseta castellana, que dan la imagen de oscuridad y de hermetismo, señas de identidad de una zona subdesarrollada y cerrada al progreso, que se conforma con los beneficios que puedan obtener en la venta de sus cosechas de ajos (pues de ahí su nombre *Orbs ajosa -ciudad de ajos-*).

Una de las descripciones paisajísticas más logradas por Galdós, en este sentido, y en donde se pone de manifiesto la antítesis que se respira en ese lugar -el inicio de la suma de elementos negativos- la encontramos en boca de su protagonista masculino. Es un comentario a Licurgo, el empleado de su tía doña Perfecta, mientras se encaminan a la ciudad, tras su llegada en ferrocarril:¹

- ¡El Cerrillo de los Lirios! -observó el caballero, saliendo de su meditación-. ¡Cómo abundan los nombres poéticos en estos sitios tan feos! Desde que viajo por estas tierras, me sorprende la horrible ironía de los nombres. Tal sitio que se distingue por su árido aspecto y la desolada tristeza del negro paisaje, se llama Valleameno. Tal villorrio de adobes que miserablemente se extiende sobre un llano estéril y que de diversos modos pregona su pobreza, tiene la insolencia de nombrarse Villarrica; y hay un barranco pedregoso y polvoriento, donde ni los cardos encuentran jugo, y que, sin embargo, se llama Valdeflores.

¿Eso que tenemos delante es el Cerrillo de los Lirios? Pero ¿dónde están esos lirios, hombre de Dios? Yo no veo más que pedras y hierba descolorida. Llaman a eso el Cerrillo de la Desolación, y hablarán a derechas.

Exceptuando Villahorrenda, que parece ha recibido al mismo tiempo el nombre y la hechura, todo aquí es ironía. Palabras hemosas, realidad prosaica y miserable. Los ciegos serían felices en este país, que para la lengua es paraíso y para los ojos infierno. (Pág. 73-74).²

Toda esta idea la resume Pepe Rey con la frase: *Palabras hemosas, realidad prosaica y miserable*.

Así descrito el paisaje, por la abundancia de términos negativos y, a la vez antitéticos, y por lo que éstos representan, podemos resumir el contenido del fragmento de la siguiente manera: todo negro, todo oscuro, todo feo; una adjetivación que denota oscuridad, pero que se oculta bajo otro grupo de adjetivos con connotaciones positivas. Por lo tanto, estamos en un paisaje antitético, como ya he apuntado con anterioridad, cuya sordidez es paralela, como paulatinamente se apreciará a lo largo de la novela, al carácter de las gentes del lugar.

Durante el desarrollo de la obra podemos igualmente percatarnos de la ironía con que Galdós ha elegido, no sólo los nombres de los lugares, sino también de los personajes, cuyos nombres también resultan antitéticos pues, si topográficamente nos habíamos tropezado con un *Cerrillo de los Lirios* sin lirios, con un paisaje desolado denominado *Valleameno*, con un villorrio llamado *Villarrica* y un barranco con el nombre de *Valdeflores*, en cierto modo es un avance de la contraposición que encontraremos a lo largo de la obra, un ambiente negativo que aboca al desarrollo trágico de la narración. También doña Perfecta, don Inocencio y Licurgo, como se verá más adelante, poseen en sus nombres esa peculiaridad antitética:

Si profundizamos en cada uno de ellos y en sus acciones, encontraremos las claves de la novela, partiendo de las descripciones y características dadas por el autor y por algunas frases por ellos expresadas.

Al enumerar las características de cada personaje y su trayectoria observamos cómo la trabazón existente entre ellos y la conjunción de sus vidas y de sus hechos influye el comportamiento de los unos y de los otros y los determina. Sin quererlo, cada uno aboca al otro a obrar de un modo concreto.

Pasaré a describir las características esenciales de los personajes principales de la novela, y los analizaré en orden a su importancia en el desarrollo de los acontecimientos. El primero de ellos, como es evidente, es **DOÑA PERFECTA REY (Señora de Polentino)**:

* Es la tía de Pepe Rey y la madre de Rosario. Representa el inmovilismo de una sociedad que se empecina en vivir de espaldas al mundo real, al progreso, y que prefiere seguir anclada en el pasado. Paulatinamente descubrimos que no hace ningún honor a su nombre. Es una mujer testaruda y plagada de defectos, los cuales se niega a reconocer rotundamente. Su voluntad ha de ser la voluntad de todos los que la rodean, sin tener en cuenta los sentimientos de los demás, ni tan sólo los de su propia hija, Rosario, pues el hecho de encerrarla para que no vea a su primo y hacer creer a todos que no sale de su habitación porque está enferma es un símbolo claro de su cerrazón mental y de su afán de dominio sobre los demás.

Su vileza llega incluso al extremo de dar la orden de asesinar a su sobrino delante de ella en la huerta, la noche en que el joven fue a salvar a Rosario de la prisión a la que su madre la tenía sometida, a liberar a su prima de la locura a la que la estaban abocando.

En la descripción que de ella nos hace Galdós al final de la obra queda patente también que su carácter es antitético, puesto que se muestra abierta, cuando su carácter es áspero. Es sorprendente ver cómo se muestra ante los demás y cómo es en realidad:

(...) Doña Perfecta era hermosa, mejor dicho, era todavía hermosa, conservando en su semblante rasgos de acabada belleza. La vida del campo, la falta absoluta de presunción, el no vestirse, el no acicalarse, el odio a las modas, el desprecio de las vanidades cortesanas, eran causa de que su nativa hermosura no brillase o brillase muy poco. También la desmejoraba la intensa amarillez de su rostro, indicando una fuerte constitución biliosa.

Negros y rasgados los ojos, fina y delicada la nariz, ancha y delicada la frente, todo observador la consideraba como acabado tipo de la humana figura; pero había en aquellas facciones una cierta expresión de dureza y soberbia que era causa de antipatías, Así como otras personas, aun siendo feas, llaman, doña Perfecta despedía. Su mirar, aún acompañado de bondadosas palabras, ponía entre ella y las personas extrañas la franqueable distancia de un respeto receloso; Mas para los de casa, es decir, para sus deudos, parciales y allegados, tenía una singular atracción. Era maestra en dominar, y nadie la igualó en el arte de hablar el lenguaje que mejor cuadraba a cada oreja.

Su hechura biliosa, y el comercio excesivo con personas y cosas devotas, que exaltaban sin fruto ni objeto su imaginación, habíanla envejecido prematuramente, y siendo joven, no lo parecía. Podría decirse de ella que con sus hábitos y su sistema de vida se había labrado una corteza, un forro pétreo, insensible, encerrándose dentro, como el caracol en su casa portátil. Doña Perfecta salía pocas veces de su concha. Sus costumbres intachables y la bondad pública que hemos observado en ella desde el momento de su aparición en nuestro relato, eran causa de su gran prestigio en Orbajosa. Sostenía además relaciones con excelentes damas de Madrid, y por este medio consiguió la destitución de su sobrino. (pp. 281-282).

En este fragmento se resume la manera de ser de esta mujer. Los rasgos con que Galdós nos la presenta abocan a encuadrarla rápidamente en un plano negativo. Podemos así comprender su complicada personalidad, hasta el punto de ver que incluso llega a interferir en el trabajo de su sobrino por un simple capricho: porque sus ideas eran opuestas.

Su hermano Juan, el padre de Pepe Rey, la considera un dechado de virtudes, y así se lo expresa continuamente a su hijo: (...) *esa santa y ejemplar mujer, mi querida hermana* (...) (pág. 87).

El objetivo que se ha propuesto es casar a su hija con su sobrino Pepe, quien reside en Madrid, para que su única heredera, Rosario, y su fortuna, queden en buenas manos.

En principio éste parece un fin noble, pues es consciente de que en Orbajosa ningún joven es digno de su hija. Solo Jacinto, el sobrino de don Inocencio, tiene una remota posibilidad, pero es de una clase social diferente y, a pesar de ser Doctor en Leyes, aún no tiene labrado un porvenir como el que tiene su sobrino dentro del mundo de la ingeniería.

En la correspondencia con su hermano, Doña Perfecta se muestra como un ser encantador y merecedor todas las alabanzas y confianzas posibles, por el trato correcto que siempre revela en ella. Esto se nos constata en las palabras de Juan Rey cuando recibe una carta de su hermana y la comenta con su hijo:

(...) Perfecta acoge con júbilo mi plan; dice que también había pensado en lo mismo, pero que no se atrevía a manifestármelo, por ser tú... ¿No ves lo que dice? “por ser tú un joven de singularísimo mérito, y su hija una joven aldeana, educada sin brillantez, ni mundanales atractivos...” Así mismo lo dice... ¡Pobre hermana mía! ¡Qué buena es! (pág. 85).

El recibimiento que hace doña Perfecta a Pepe Rey es del agrado del recién llegado, pues se presenta ante él con la misma imagen que tantas veces le ha descrito su padre de mujer afable, bondadosa y de trato cordial, y así nos lo describe Galdós:

En tanto, Pepe bajaba de la jaca, y en el mismo portal le recibía en sus amantes brazos doña Perfecta, anegado en lágrimas el rostro, y sin poder pronunciar sino palabras breves y balbucientes, expresión sincera de cariño.

- ¡Pepe... pero qué grande estás! ... ¡Y con barbas! que parece que fue ayer cuando te ponía sobre mis rodillas... Estás hecho un hombre, todo un hombre... ¡Cómo pasan los años!... ¡Jesús! Aquí tienes a mi hija Rosario. (pág. 92).

Pero no lo puede evitar. Inmediatamente muestra su carácter firme y comienza a imponer su voluntad, teniendo en este momento como excusa que es el ama de la casa. Se ve aquí que está acostumbrada a mandar y a ser obedecida sin que nadie ponga objeciones a sus mandatos: *Despáchate pronto, sobrino. Voy a dar mis órdenes.* -le dice- (pág. 93).

Durante el desarrollo de la obra vemos que, en realidad, es una mujer sin escrúpulos, capaz de cualquier acto con tal de no perder su autoridad ni su nivel social. Ceder a las ideas progresistas de su sobrino hubiese sido dar un

paso atrás en sus ideales y presentarse ante el pueblo como una mujer débil de carácter a la que dejarían de respetar, lo que tendría como resultado perder su prestigio ante los orbajosenses.

Cuando Pepe Rey acaba conociéndola exclamará: (...) *era tan viva (...)*, posiblemente refiriéndose a su sagacidad y a su falsedad.

Falsa cristiana y egoísta, es totalmente partidaria del anquilosamiento de su ciudad y de luchar contra todo atisbo de progreso, venga de la mano que venga, aunque sea de su propia sangre, escudándose siempre en el conservadurismo que cree lleva consigo el ser cristiano, a la manera por ella entendido y el guardar las buenas formas. Ello lo expresa muy claramente a su sobrino cuando le dice:

(...) -Cuidado, Pepito; te advierto que si hablas mal de nuestra santa Iglesia perderemos las amistades. Tú sabes mucho y eres un hombre eminente que de todo entiendes; pero si has de descubrir que esta gran fábrica no es la octava, maravilla, guárdate en buen hora tu sabiduría y no nos saques de bobos (...) (pág. 103).

Vemos, pues, que con tal de conservar las normas consuetudinarias de su ciudad es capaz de dejarla en la más absoluta ignorancia y repitiendo sus errores, sean del tipo que sean.

Las habladurías de la gente de Orbajosa llegan enseguida a sus oídos. Una de las quejas que tienen de él es que ha entrado a la catedral mientras decían Misa sin respetar el momento de la elevación de la Eucaristía y sin quitarse el sombrero. Por ello su tía le reprende en público, humillándolo, con lo que muestra abiertamente su falsa bondad hacia él:

(...) Mira, sobrino, tengo que advertirte una cosa -dijo doña Perfecta, con aquella expresión de bondad que emanaba de su alma como de la flor el aroma-. Pero no vayas a creer que te reprendo, ni que te doy lecciones; tú no eres niño, y fácilmente comprenderás mis ideas.

(...) No, no es más que una advertencia, Estos señores verán cómo tengo razón.

(...) -Pues no es más -añadió la señora-, sino que cuando vuelvas a visitar nuestra hermosa catedral, procures estar en ella con un poco más de recogimiento.

-Pero ¿qué he hecho yo?

-No es extraño que tú mismo no reconozcas tu falta -indicó la señora, con aparente jovialidad-. Es natural; acostumbrado a entrar con la mayor desenvoltura en los Ateneos, clubs, academias y Congresos, crees que de la misma manera se puede entrar en un templo donde está la Divina Majestad.

-Pero, señora, dispéñseme usted -dijo Pepe con gravedad-. Yo he entrado en la catedral con la mayor compostura.

-Si no te riño, hombre, si no te riño. No lo tomes así, porque tendré que callarme.

Señores, disculpen ustedes a mi sobrino. No es de extrañar un descuidillo, una distracción... ¿Cuántos años hace que no pones los pies en lugar sagrado?

-Señora, yo le juro a usted... Pero en fin, mis ideas religiosas podrán ser lo que quieran, pero acostumbro a guardar compostura, dentro de la iglesia.

-Lo que yo aseguro..., vamos, si te has de ofender no sigo... Lo que aseguro es que muchas personas lo advirtieron esta mañana. Notáronlo los señores de González, doña Robustiana, Serafinita, en fin... con decirte que llamaste la atención del señor obispo... Su Ilustrísima me dio quejas esta tarde en casa de mis primas. Díjome que no te mandó plantar en la calle porque le dijeron que eras mi sobrino. (pp. 125-126).

Muchos más ejemplos podrían encontrarse para observar la progresión de los acontecimientos desde el punto de vista de doña Perfecta, como es el caso de negarse a celebrar la boda de su sobrino con su hija, porque los orbajosenses dicen que Pepe es ateo. Pero ella, no solo es la inductora de la idea de dicho matrimonio y, por lo tanto, de la presencias de Rey en Orbajosa, sino también la culpable de que se extienda por el pueblo la falsa idea del ateísmo de su sobrino. Otra muestra de la intención de hacerle la vida imposible a su sobrino hasta el punto de aburrirlo y, por lo tanto, de que abandone Orbajosa voluntariamente, es el hecho de albergar en su habitación a un militar que ha venido con la tropa, para así incomodarlo aún más y obligarle a marcharse voluntariamente.

El culmen de su actuación tiene lugar la noche en que muere Pepe Rey:

(...) Exploró doña Perfecta la oscuridad con sus ojos llenos de ira. El rencor les daba la singular videncia de la raza felina.

- Allí veo un bulto -dijo-. Va hacia las adelfas.

- Es él - gritó Remedios-. Pero allá aparece Ramos... ¡Ramos!

Distinguieron perfectamente la colosal figura del Centauro.

-¡Hacia las adelfas! ¡Ramos, hacia las adelfas!... Doña Perfecta adelantó algunos pasos. Su voz ronca, que vibraba con acento terrible disparó estas palabras:

- Cristóbal, Cristóbal... ¡mátale!

Oyóse un tiro. Después otro (...) (Pág. 287).

Vemos aquí cómo se nos presenta el estruendo del disparo con una connotación, al unir el adjetivo *terrible*, con la forma del verbo disparar, lo que oscurece el pasaje en el mismo momento en que culmina el hecho que se nos ha ido anunciando durante toda la narración y entorno al cual ha girado toda la novela: el disparo de palabras, la orden de asesinar a Pepe Rey.

La versión “oficial” es que Pepe se ha suicidado en la huerta de su casa y así lo hace creer a todos doña Perfecta, incluso a su cuñado, quien siempre se halla al margen de todos los asuntos. Los acontecimientos acaecidos en Orbajosa los resume así don Cayetano:

(...) No quiero levantar la mano de esta carta sin participar a usted un suceso desagradable: la desastrosa muerte de un estimable joven, muy conocido en Madrid, el ingeniero de caminos don José Rey, sobrino de mi cuñada. Acaeció este triste suceso anoche en la huerta de nuestra casa, y aún no he tomado juicio exacto sobre las causas que pudieron arrastrar al desgraciado Rey a esta horrible y criminal determinación. Según me ha referido Perfecta esta mañana cuando volvió de Mundogrande, Pepe Rey, a eso de las doce de la noche, penetró en la huerta de esta casa, y se pegó un tiro en la sien derecha, quedando muerto en el acto. Figúrese usted la consternación y alarma que se produciría en esta pacífica y honrada mansión. La pobre Perfecta se impresionó tan vivamente, que nos dio un susto; pero ya está mejor, y esta tarde hemos logrado que tome un sopicaldo. (...) (Pág. 289).

En este fragmento queda de manifiesto que don Cayetano ha sido la única persona del pueblo que ha tenido un buen concepto de él y ha sabido apreciar su verdadera personalidad, sin dejarse influenciar ni por su cuñada ni por el Penitenciario, entre otros motivos, porque acostumbran dejarlo siempre al margen de los acontecimientos.

* El segundo personaje en orden de importancia es **PEPE REY**, un ingeniero progresista, con ideas propias de su siglo, sagaz, inteligente, sencillo, noble y abierto a todas las novedades de la ciencia, las cuales defiende con fuertes argumentos. Se desplaza hasta Orbajosa para conocer a su prima Rosario, con la que sus respectivos padres han acordado casarlo, para ver si la chica es de su agrado. Galdós nos lo describe insertando adjetivos de rasgo positivo, como queda patente en la lectura del texto:

Frisaba la edad de este excelente joven en los treinta y cuatro años. Era de complexión fuerte y un tanto hercúlea, con rara perfección formado, y tan arrogante, que si llevara uniforme militar ofrecería el más guerrero aspecto y talle que puede imaginare. Rubios el cabello y la barba, no tenía en su rostro la flemática imperturbabilidad de los sajones, sino por el contrario, una viveza tal que sus ojos parecían alegres sin serlo. Su persona bien podría pasar por un hermoso símbolo, y si fuera estatua, el escultor habría grabado en el pedestal

estas palabras: Inteligencia, fuerza. Si no en caracteres visibles, llevábalas él expresadas vagamente en la luz de su mirar, en el poderoso atractivo que era don propio de su persona y en la simpatía a que su trato cariñosamente convidaba.

No era de los más habladores; sólo los entendimientos de ideas inseguras y de movedizo criterio propenden a la verbosidad. El profundo sentido moral de aquel insigne joven le hace muy sobrio de palabras en las disputas que constantemente tratan sobre diversos asuntos los hombres del día; pero en la conversación urbana sabía mostrar una elocuencia picante y discreta, emanada siempre del buen sentido y de la apreciación mesurada y justa de las cosas del mundo. No admiraba falsedades y mixtificaciones, ni esos retruécanos del pensamiento con que se divierten algunas inteligencias impregnadas del gongorismo; y para volver por los fueros de la realidad, Pepe Rey solía esperar a veces, no siempre, con comedimiento, las armas de la burla. Esto casi era un defecto a los ojos de un gran número de personas que le estimaban, porque aparecía un poco irrespetuoso en presencia de multitud de hechos comunes en el mundo y admitido por todos. Fuerza es decirlo, aunque su prestigio se amengüe: Rey no conocía la dulce tolerancia del condescendiente siglo que ha inventado singulares velos de lenguaje y de hechos para cubrir lo que a los vulgares ojos pudiera ser desagradable. (pp. 89-90).

Cuando llega a Orbajosa es recibido en la estación por el tío Licurgo, a quien ha enviado doña Perfecta para llevar a cabo esta misión. En su conversación con él, durante el camino hacia la ciudad, tiene conocimiento de que algunos labriegos, como el tío Pasolargo, han aprovechado la falta de delimitación de sus tierras y se han apropiado de parte de ellas, con lo que están cultivándolas y beneficiándose: comienzan las trabas. El hecho de haberle restado tierras pudiéramos decir que es el comienzo de restarle la vida:

-(...) Me han dicho (...) que algunos propietarios han metido su arado en estos grandes estados míos, y poco a poco me los van cercenando. Aquí no hay mojones, ni linderos, ni verdadera propiedad, señor Licurgo.

El labriego, después de una pausa, durante la cual parecía ocupar su sutil espíritu en profundas disquisiciones, se expresó de este modo:

-El tío Pasolargo, a quien llamamos el Filósofo por su mucha trasienda, metió el arado en los Alamillos por encima de la ermita, y roe que roe, se ha zampado seis fanegas (...) (Pág. 75).

Los vecinos le comen las tierras, le comen la vida. El amo ha llegado a sus dominios y temen que quiera poner orden a la anarquía existente en ellos, fruto de la falta de respeto de los habitantes de Orbajosa para con sus propiedades. Esta será una de las causas que aboque a sus nuevos convecinos a considerarlo como un enemigo. A ello debe unirse la falsa idea de que

viene a demoler la catedral para construir en su lugar una fábrica: Le han colocado así la etiqueta de “ateo” sin conocer ningún detalle de su persona. Y serán esas las bases del odio que el pueblo muestra hacia él. Así mismo, la ambición de Don Inocencio y de su sobrino de ser herederos de la fortuna de doña Perfecta, mediante al matrimonio de Jacinto con Rosario, son los puntales que darán lugar al cambio de parecer en los planes de doña Perfecta, de casar a su hija con su sobrino, así como al desarrollo general de la obra.

Pepe Rey llega al pueblo y conoce a su prima. La primera impresión que tiene de la muchacha no le desagrada. Al contrario, aprecia los esfuerzos de la joven por agradecerle y el interés que se ha tomado por preparar personalmente la habitación que su madre le ha asignado.

Poco a poco comienza a conocerla y a tomarle cariño, llegando ambos a enamorarse realmente. Pero los conflictos de la pareja comienzan cuando doña Perfecta decide no llevar adelante el compromiso matrimonial y, por lo tanto, a prohibir a su hija que vea a su primo.

Éste, mediante una criada, consigue saber que Rosario no está enferma, sino recluida en su habitación por orden de su madre.

Cuando consigue verla una noche y se declaran su mutuo amor, los planes de Pepe son sacar de ahí inmediatamente a su prima y llevársela lejos de las influencias maternas y orbajosenses, pero dicho plan fallará, debido a la intervención de un personaje que, hasta el momento, había permanecido prácticamente al margen de la narración: María Remedios, la madre de Jacinto y sobrina del Penitenciario. Ella será quien determine el desenlace trágico de los acontecimientos.

* Otro de los personajes clave dentro de esta novela es **DON INOCENCIO TINIEBLAS**, el Penitenciario de la catedral de Orbajosa. Ya su nombre y su apellido son antitéticos: Inocencio (inocente) Tinieblas (ambigüedad, tendente a la oscuridad).

Su apellido es un vocablo con connotaciones negativas, pero la tiniebla no implica tampoco “oscuridad total”

Bajo su apariencia de *hombre santo*, de ministro de Dios, acaba siendo uno de los más importantes rivales de Pepe Rey, pues desde la llegada a la ciudad del joven, se ha propuesto presentarlo como un monstruo ante los ojos de su tía y del resto de los componentes de familia y, sobre todo, ante el pueblo. Toda la problemática que gira entorno a la llegada de Pepe Rey proviene de esa opinión que don Inocencio incrusta en las mentes de los orbajosenses de que es un “monstruo ateo”.

Es don Inocencio uno de los principales incitadores en contra de la persona del ingeniero pues, sin éste, su sobrino Jacinto sería el más directo candidato a la mano de Rosario y, por extensión a la gran fortuna de los Polentino. Es así mismo, de manera subrepticia, uno de los conspiradores contra Pepe Rey, hasta el punto de estar enterado de los planes de su sobrina de vigilarlo de

cerca y darle una paliza una de las noches, cuando salga a pasear, y no hacer nada por evitarlo. El resultado final será el de un gran cargo de conciencia que deberá padecer el resto de su vida, por diferentes razones:

- 1º) Como ser humano, por haber actuado de manera incorrecta para impedir el brutal asesinato del ingeniero.
- 2º) Como sacerdote, por no haber sabido aconsejar espiritualmente ni a doña Perfecta ni a su sobrina M^a Remedios, de quienes es confesor.
- 3º) Por haber sido uno de los principales incitadores de los actos contra el joven Pepe Rey e influir sobre su tía, doña Perfecta, de manera negativa, en lugar de hacerle reflexionar sobre los porqués de la manera de pensar y actuar de su sobrino.

A pesar de su profesión, no le agrada la gente que sabe, aquellos que investigan en lo más profundo de la ciencia, porque su mente es retrógrada e involucionista, aunque intente demostrar lo contrario. Esta demostración la efectúa halagando los posibles conocimientos de Pepe Rey de manera irónica y burda.

La primera descripción que del Penitenciario encontramos en la obra es la siguiente:

(...) los anteojos de oro deslizándose suavemente hacia la punta de nariz, saliente y húmedo el labio inferior y un poco fruncidas las blanquinegras cejas. Era un santo varón de intachables costumbres clericales, algo más de sexagenario, de afable trato, fino y comedido, gran repartidor de consejos y advertencias a hombres y mujeres. Desde luengos años era maestro en latinidad y en retórica en el Instituto, cuya noble profesión dióle gran caudal de citas horacianas y de floridos tropos, que empleaba con gracia y oportunidad. Nada más conveniente añadir acerca de este personaje, sino que cuando sintió el trote largo de las cabalgaduras que corrían hacia la calle del Condestable se arregló el manteo, enderezó el sombrero, que no estaba del todo bien ajustado en la venerable cabeza, y marchando hacia la casa murmuró:

- Vamos a conocer a ese prodigio. (pág. 92).

Y esta última frase, el primer comentario que hace sobre Pepe Rey, ya tiene un profundo sentido irónico. En ella quedan de manifiesto las ideas preconcebidas, de corte negativo, sin conocimiento de causa. Igualmente se muestra aquí el tono despectivo con que acoge al recién llegado aún antes de verlo. El motivo principal, aunque lo disfrace atribuyéndole a Pepe Rey defectos que no tiene, es su negación a que nadie vaya a Orbajosa a hacerle sombra a su sobrino Jacinto, un jovencísimo Doctor en Leyes considerado *el cerebro* de la ciudad y de quien se siente orgulloso de haber modelado intelectualmente.

El sólo detalle que nos plasma Galdós al decirnos que se adereza antes de presentarse ante el recién llegado nos lo hace catalogar como un personaje al que le importan las apariencias, el qué dirán, y al que le gusta mantener su *status*. Y con qué ironía Don Benito nos pone en antecedentes de que las ideas del Penitenciario no entran dentro de los límites de la cordura: *enderezó el sombrero, que no estaba del todo bien ajustado en la venerable cabeza* (pág. 92).

Desde su primer encuentro comienza a contradecir a Pepe y a intentar dejarlo en ridículo, haciéndole ver que él es quien más sabe allí, por edad y por el cargo que desempeña, un arrebatado de soberbia que Pepe Rey sabe captar y, por ello, estará continuamente en guardia ante las actuaciones del Penitenciario.

Doña Perfecta entra inmediatamente en el juego de dobles sentidos que ha comenzado don Inocencio y a ponerse en contra de las modernas y progresistas ideas de su sobrino, tergiversando sus palabras y tratándolo de ateo, la cualidad más negativa, según los orbajosenses, que pueda tener una persona. Así mismo lo catalogan como un total desconocedor del mundo que le rodea, basándose en su juventud y consiguiente inexperiencia. A partir de aquí, y por influencia de don Inocencio, doña Perfecta comienza a reflexionar sobre la conveniencia de la boda de su hija con Pepe Rey, decidiendo que ese joven no es el más adecuado para su hija, aunque no se atreverá a decírselo hasta mucho tiempo después.

Su influencia negativa sobre la señora de Polentino es evidente y queda plasmada en el siguiente parlamento contra Pepe Rey, bajo la atenta y crédula mirada de su interlocutora y del mismo ingeniero, dándole a entender que ni él ni Orbajosa admiten ninguna de las novedades que tenga idea de imponer en dicha ciudad por órdenes del Gobierno:

En tantos años que llevo de residencia en Orbajosa -dijo el clérigo, frunciendo el ceño- he visto llegar aquí innumerables personajes de la Corte, traídos unos por la gresca electoral, otros por visitar algún abandonado terruño, o ver las antigüedades de la catedral, y todos entran hablándonos de arados ingleses, de trilladoras mecánicas, de saltos de aguas, de bancos y qué sé yo cuántas majaderías. El estribillo es que esto es muy malo y que podría ser mejor. Váyanse con mil demonios, que aquí estamos muy bien sin que los señores de la Corte nos visiten, mucho mejor sin oír ese continuo clamoreo de nuestra pobreza y de las grandezas y maravillas de otras partes. Más sabe el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, ¿no es verdad, señor don José? Por supuesto, no se crea ni remotamente que lo digo por usted. De ninguna manera. Pues no faltaba más. Ya sé que tenemos delante a uno de los jóvenes más eminentes de la España moderna, a un hombre que sería capaz de transformar en riquísimas comarcas nuestras áridas estepas... Ni me incomodo porque usted me cante la vieja canción de los arados ingleses y la arboricultura y la silvicultura... Nada de eso; a los hombres de tanto, de tantísimo talento, se les puede dispensar el desprecio que muestran hacia

nuestra humildad. Nada, amigo mío, nada, señor don José está usted autorizado para todo, incluso para decirnos que somos poco menos que cafres, (Pág. 98-99).

Es evidente que el parlamento es una alusión muy directa a Pepe Rey para que guarde sus opiniones y no se le ocurra hacer ningún intento de modificar la rígida estructura de Orbajosa. Este es el primer choque que existe entre ambos personajes y don Inocencio hace que éste tenga lugar ante doña Perfecta, para poder así urdir su complicada trama junto con su sobrina María Remedios quien, al ser la confidente de la madre de Rosario, forman un dúo perfecto de influencia negativa sobre ésta.

Como se ve a lo largo de la obra, su verbosidad siempre es agresiva o abocadora a la irritabilidad entre otros personajes. Su escudo, su inmunidad, se la proporciona su ministerio eclesiástico, que le sirve para ser respetado y conseguir no ser insultado cuando él lo hace continuamente de manera subrepticia. Él es quien influye en Doña Perfecta para que rechace a Pepe Rey. Así Jacinto tendría más posibilidades de emparentar con una familia de mayor categoría social, con una familia rica que posea bienes: casas, tierras..., pues del patrimonio adquirido con ese matrimonio tendría la posibilidad de entrar en el mundo de la política, idea que comparte con su sobrina María Remedios, quien urde la manera de eliminar a Rey y de hacer que se marche del pueblo. Intenta así “remediar” la situación de Jacinto, a quien veía casado con la heredera de los Polentino y que todo volviese a su “estado natural”, al estado en que se encontraba la vida de las gentes de la ciudad y de su familia antes de la llegada del ingeniero:

(...) Nada más natural que nuestro deseo de ver a Jacintillo emparentado con esa familia, la primera de Orbajosa; nada más natural que nuestro deseo de verle dueño de las siete casas del pueblo, de la dehesa de Mundogrande, de las tres huertas del cortijo de Arribas, de la Encomienda y demás predios urbanos y rústicos que posee la niña (...) (pág. 260).

Don Inocencio, tras encargar a Caballuco que acompañe a su sobrina, al saber las intenciones de ésta y las graves consecuencias que pueden ocasionar, y no haber podido disuadirla, coge una jofaina y dice: *Yo me lavo las manos.* (pág. 271). Este es el preámbulo del sacrificio cruento, en un paralelismo con el episodio bíblico en que Poncio Pilatos declina toda responsabilidad en la condena a Cristo a morir en la cruz.

* El siguiente personaje por orden de importancia es **ROSARIO**, una joven ingenua y de nobles sentimientos que se encuentra encerrada en un mundo (el único que conoce) que le lleva a acatar ciegamente costumbres ancestrales pues, víctima de los acontecimientos, la vemos encasillada en el papel de sumisión reservado a la mujer durante siglos. Ello le lleva a obedecer ciegamente a su madre, quien decide con quién debe casarse, aún sin conocer el carácter de la persona elegida, simplemente por ser su sobrino, un joven ingeniero con futuro y a quien considera la persona ideal para administrar la fortuna de la familia que, de esa manera, se vería aumentada,

puesto que con este matrimonio se fusionaría la fortuna de los Polentino con la de los Rey. En la novela se nos describe como de manera amable:

(...) una muchacha de apariencia delicada, débil, que anuncia inclinaciones a lo que los portugueses llaman saudades. En su rostro fino y puro se observa la pastosidad nacarada que la mayor parte de los poetas atribuyen a sus heroínas, y sin cuyo barniz sentimental parece que ninguna Enriqueta y ninguna Julia pueden ser interesantes. Tenía Rosario tal expresión de dulzura y modestia, que al verla no se echaban de menos las perfecciones de que carecía. No es esto decir que era fea; mas también es cierto que habría pasado por hiperbólico el que la llamaran hermosa, dando a esta palabra su riguroso sentido. La hermosura real de la niña de doña Perfecta consistía en una especie de transparencia, prescindiendo del nácar, del alabastro, del marfil y demás materias usadas en la composición descriptiva de los rostros humanos; una transparencia, digo, por la cual todas las honduras de su alma se veían claramente; honduras no cavernosas y horribles como las del mar, sino como las de un manso y claro río. Pero allí faltaba cauce, faltaban orillas. El vasto caudal de su espíritu se desbordaba, amenazando devorar las estrechas riberas. (Pág. 92-93).

A pesar de la influencia negativa de su madre, es muy coherente en sus ideas, por ello comprende el porqué de la contraposición del pensamiento de su primo con las de los orbajosenses, y es consciente de que ese mundo no es para él, y así se lo indica al joven:

(...) La verdad es que me encontré, sin saber cómo, en una contradicción constante y penosa con ese venerable sacerdote. Lo siento de veras. [dice Pepe Rey] -Lo que yo creo -dijo Rosario clavando en él sus ojos con expresión cariñosa- es que tú no eres para nosotros.

-¿Qué significa eso?

-No sé si me explico bien, primo. Quiero decir que no es fácil que te acostumbres a la conversación ni a las ideas de la gente de Orbajosa. Se me figura... es una suposición.

-¡Oh! no; yo creo que te equivocas.

-Tú vienes de otra parte, de otro mundo, donde las personas son muy listas y muy sabias, y tienen unas maneras finas y un modo de hablar ingenioso, y una figura... Puede ser que no me explique bien. Quiero decir que estás habituado a vivir entre una sociedad escogida; sabes mucho... Aquí no hay lo que tú necesitas; aquí no hay gente sabia ni grandes finuras. Todo es sencillez, Pepe. Se me figura que te aburrirás, que te aburrirás mucho, y al fin tendrás que marcharte. (pág. 114).

Rosario, pues, sabe perfectamente que su primo se enfrenta a un mundo diametralmente opuesto al que está acostumbrado a vivir, y así se lo confiesa. Además ve también claramente que se siente desplazado y aislado. Su pesar se agudiza cuando descubre que realmente se ha enamorado de Pepe:

La tristeza, que era normal en el semblante de Rosarito, se mostró con tintas y rasgos tan notorios que Pepe Rey sintió una emoción profunda.

-Estás en un error, querida prima. Ni yo traigo aquí la idea que supones, ni mi carácter ni mi entendimiento están en disonancia con los caracteres y las ideas de aquí, Pero supongamos por un momento que estuvieran.

-Vamos a suponerlo.

En ese caso, tengo la firme convicción de que entre tú y yo, entre nosotros dos, querida Rosario, se establecerá una armonía perfecta. Sobre esto no puedo engañarme. El corazón me dice que no me engaño.

Rosarito se ruborizó; pero esforzándose en hacer huir su sonrojo con sonrisas y miradas dirigidas aquí y allí, dijo:

-No vengas ahora con artificios. Si lo dices porque yo he de encontrar siempre bien todo lo que piensas, tienes razón.

Rosario -exclamó el joven-, desde que te vi, mi alma se sintió llena de una alegría muy viva...; he sentido al mismo tiempo un pesar: el no haber venido antes a Orbajosa. (pp. 114-115).

Así, pues, existe una confesión de Pepe Rey a su prima, indicándole que su presencia le agrada y que su viaje, en ese sentido, ha sido fructífero. Pero el ambiente que les rodea impide que la vida que se van planteando vivir en el futuro, mientras se van conociendo en profundidad, llegue a ponerse en práctica ni por asomo, ante la decisión que Doña Perfecta ha tomado de negar la celebración del matrimonio de los jóvenes.

Al final de la obra Rosario será, junto con Pepe Rey, víctima de las artimañas de su madre, de don Inocencio y de María Remedios directamente e, indirectamente, de la intervención de Orbajosa en el noviazgo con su primo.

El encierro al que Rosario se ve sometida por parte de doña Perfecta, el verse realmente querida por Pepe y presenciar cómo su propia madre lo manda matar en la huerta son los detonantes de su demencia y posterior ingreso en el sanatorio mental de San Baudilio de Llobregat.

Su tío Cayetano, casi al final de la novela, demostrando que se haya totalmente fuera del mundo, en unas cartas que escribe a un amigo, narra el hecho de la siguiente manera:

La pobre Rosario, que iba saliendo adelante gracias a nuestros cuidados, está ya perdida de la cabeza. Sus palabras incoherentes, su atroz delirio, su palidez mortal, recuérdanme a mi madre y hermana. Este caso es el más grave que he presenciado en mi familia, pues no se trata de manías, sino de verdadera locura. Es triste, tristísimo, que entre tantos yo sea el único que ha logrado escapar conservando mi juicio sano y entero, totalmente libre de ese funesto mal. (pág. 292).

Otros personajes, aunque secundarios, pero claves en el desarrollo de la historia son Pedro Lucas (Tío Licurgo) y Cristóbal Ramos (Caballuco).

PEDRO LUCAS (Tío Licurgo).

Habla ensartando refranes. Su lenguaje rudo y descuidado, típico de las gentes de pueblo sin cultura, acostumbradas a ganarse la vida con sus manos. Legisla a su manera (de ahí el nombre con el que se le conoce, perteneciente a un legislador Lacedemonio). Es partidario total del *ojo por ojo y diente por diente*, lo que queda demostrado cuando escuchan unos disparos, mientras se dirige al pueblo con Pepe Rey desde la estación. En principio ambos piensan que es un asalto a unos viajeros pero después, al ver que estos vienen cantando, se enteran que la autora de los incidentes ha sido la Guardia Civil. La reacción de Licurgo es tajante:

-Ya, ya sé lo que ha sido -dijo Licurgo, señalando la leve humareda que a mano derecha del camino y a regular distancia se descubría-. Allí les han escabechado. Esto pasa un día sí y otro no.

El caballero no comprendía.

- Yo le aseguro al señor don José -añadió con energía el legislador lacedemonio- que está muy retebién hecho, porque de nada sirve formar causa a esos pillos. El juez les marea un poco y después les suelta. Si al cabo de seis años de causa alguno va presido, a lo mejor si escapa, o le indultan, y vuelve a la Estancia de los Caballeros. Lo mejor es esto: ¡fuego!, y adivina quién te dio. Se les lleva a la cárcel y cuando se pasa por un lugar a propósito... “¡ah! perro, que te quieres escapar... ¡Pummm, pum!...” Ya está hecha la sumaria, requeridos los testigos, celebrada la vista, dada la sentencia... Todo en un minuto. Bien dicen que, si mucho sabe la zorra, más sabe el que la toma. (pp. 78-79).

Estamos, pues, ante los antecedentes de lo que, hasta cierto punto, será el proceso a seguir en la confabulación contra Pepe Rey y el procedimiento de juicio que utilizarán para con él: juicio sumarísimo, sin defensa ni testigos.

Importante en el desenlace de los acontecimientos es **CRISTÓBAL RAMOS (Caballuco)**. Es amigo de Doña Perfecta, pertenece al bando carlista, es el correo de la comarca y uno de sus caciques más importantes. Además, es un férreo defensor de Orbajosa y enemigo mortal de quienes la ofenden.

La presentación que Galdós hace de él es la siguiente:

Es un hombre muy bravo, gran jinete y el primer caballista de todas estas tierras a la redonda. En Orbajosa le queremos mucho; pues él es..., dicho sea en verdad..., tan bueno como la bendición de Dios... Ahí donde le ve es un cacique tremendo, y el Gobernador de la provincia se le quita el sombrero.

(...)

- Y el Gobierno de Madrid le escribe oficios con mucha vucencia en el rétulo...

Tira a la barra como un San Cristóbal y todas las armas las maneja como manejamos nosotros nuestros propios dedos. Cuando había fielato no podían con él, y todas las noches sonaban tiros en las puertas de la ciudad. Tiene una que vale cualquier dinero, porque lo mismo es para un fregado que para un barrido. Favorece a los pobres, y el que venga de fuera y se atreva a tentar el pelo de la ropa a un hijo de Orbajosa ya puede verse con él... (pp. 80-81).

Personalmente, Caballuco no tiene nada contra Pepe Rey hasta el momento en que se entera de que ha ido a visitar a las de Troya, pues es novio de una de ellas.

Este es el motivo que le lanza a unirse a la confabulación que existe en contra del ingeniero:

(...) Caballuco está esperando: desea hablarte.

Todos miraron hacía la puerta, donde apareció la imponente figura del Centauro, serio, cejijunto, confuso al querer saludar con amabilidad, hermosamente salvaje, pero desfigurado por la violencia que hacía para sonreír urbanamente y pisar quedo y tener en correcta postura los hercúleos brazos.

-Adelante señor Ramos -dijo Pepe Rey.

-No, no -objetó doña Perfecta-. Si es una tontería lo que tiene que decirte.

-Que lo diga.

-Yo no debo consentir que en mi casa se ventilen estas cuestiones ridículas...

-¿Qué quiere de mí el señor Ramos?

Caballuco pronunció algunas palabras.

-Basta, basta. -dijo doña Perfecta riendo-. No molestes más a mi sobrino. Pepe, no tú no hagas caso de ese majadero ¿Quieren ustedes que les diga en qué consiste el enojo del gran Caballuco?

-¿Enojo? Y me lo figuro -indicó el Penitenciario recostándose en el sillón y riendo expansivamente y con estrépito.

-Yo quería decir al señor don José... gruñó el formidable jinete.

-Hombre, calla, por Dios, no nos aporres los oídos.

-Señor Caballuco -apuntó el canónigo-, no es mucho que los señores de la corte desbanquen a los rudos caballistas de estas salvajes tierras.

-En dos palabras, Pepe, la cuestión es ésta: Caballuco es no sé qué...

La risa le impidió continuar.

-No sé qué -añadió don Inocencio- de una de las niñas de Troya, de Mariquita Juana, si no estoy equivocado.

-¡Y está celoso! Después de su caballo lo primero de la creación es Mariquilla Troya.

-¡Dios me valga! -exclamó la señora- ¡Pobre Cristóbal! ¿Has creído que una persona como mi sobrino?... Vamos a ver, ¿qué ibas a decirle? Habla.

-Ya hablaremos el señor don José y yo- repuso bruscamente el bravo de la localidad.

Y sin decir más se retiró. (pp. 173-174)

Esta humillación en público por la que doña Perfecta hace pasar a Caballuco queda muy guardada en su interior, siendo otro motivo a añadir en la larga lista que todos los protagonistas de esta historia van haciendo en contra de Pepe Rey y un arma que esta utiliza para tenerlo de su parte cuando decide actuar contra el ingeniero.

El reto continua más adelante, cuando Pepe Rey sale del comedor para ir a su cuarto y se encuentra con un celoso y desafiante Caballuco en la galería y ambos personajes llegan a palabras mayores:

(...)

-¿Sabe usted quién soy yo? [dice Caballuco]

-Sí: ya sé que es usted un animal. [responde Pepe Rey]

Apartóle a un lado bruscamente y entró en su cuarto. Según el estado del cerebro de nuestro desgraciado amigo en aquel instante, sus acciones debían sintetizarse en el siguiente brevísimo y definitivo plan: romperle la cabeza a Caballuco sin pérdida de tiempo (...) (pp. 174-175).

La crispación que se respira en el ambiente hace a Pepe Rey pensar en reaccionar de manera violenta. Si así hubiese sido, habría entrado en la misma espiral de violencia que se estaba tejiendo a su alrededor. En este caso, su cabeza ganó la batalla a su corazón.

Importante papel es el que juega **MARÍA REMEDIOS**, la sobrina de don Inocencio y la madre de Jacinto. Es un personaje que se mantiene la margen de la narración hasta casi la conclusión de la obra, pero su intervención final es definitiva, puesto que la trama por ella urdida es la desencadenante de la muerte de Pepe Rey.

Ella es quien propone a doña Perfecta la agresión a su sobrino y quien la incita a terminar con la vida del ingeniero. El motivo que le lleva a esta acción no es otra que la envidia y la codicia. Ella fue durante mucho tiempo empleada en casa de los Polentino pero por el cargo que desempeña su tío, a quien cuida, es aceptada en casa de doña Perfecta, lo que supone para ella un gran paso en su ascenso en el escalafón social de Orbajosa. Pero su orgullo y su codicia la llevan a más, la llevan a intentar emparentar con el ama de la casa para que así su hijo, al que considera todo un cerebro, con la fortuna que heredaría de Rosario, podía abrirse camino en el mundo de la política.

A conseguir este objetivo contribuye en gran manera su tío, don Inocencio, aconsejando a doña Perfecta en sus acciones contra su sobrino. Sin Pepe Rey, Jacinto es el único pretendiente a la altura de la categoría de Rosario: Ella, la más rica heredera; él, el mejor preparado intelectualmente, el más capacitado para manejar la fortuna con la mayor corrección e, incluso, con posibilidades de aumentarla si triunfaba como político o como abogado.

Y este plan lo intenta llevar hasta el final M^a Remedios, sin tener cuenta nada más que el futuro de su hijo. Poco le importa la integridad del resto de los habitantes del pueblo y, mucho menos, la de Pepe Rey, a quien desea hacer desaparecer del pueblo, cueste lo que cueste y sean cuales sean las consecuencias. Para todos los efectos, ella es la inductora directa del asesinato de Pepe, aunque la orden surgiera de la boca de doña Perfecta, a quien momentos antes había estado hablando del asunto de manera punzante:

(...) Nada, nada, señora: estoy viendo que a lo mejor esos tunantes asaltan la casa y nos llevan a Rosarito...

Doña Perfecta, fijando la vista en el suelo, meditó largo rato, Estaba pálida y ceñuda. Por fin dijo:

-Pues yo no veo el modo de impedirlo.

-Yo sí lo veo -dijo vivamente la otra, que era la sobrina del Penitenciario y madre de Jacinto-. Veo un medio muy sencillo: el que he manifestado a usted y no le gusta.

¡Ah!, señora mía, usted es demasiado buena. En ocasiones como ésta conviene ser un poco menos perfecta..., dejar a un ladito los escrúpulos.

Pues qué, ¿se va a ofender Dios por eso?

- M^a Remedios -replicó la señora con altanería-, no digas desatinos.

-¡Desatinos! ... Usted con sus sabidurías, no podrá ponerle las peras a cuarto al sobrino. ¿Qué cosa más sencilla que la que yo propongo? Puesto que ahora no hay justicia que nos ampare, hagamos nosotros la gran justiciada. ¿No hay en casa de usted hombres que sirvan para cualquier cosa? Pues llamarles y decirles: “Mira, Caballuco, Pasolargo o quien sea: esta misma noche te tapujas bien de modo que no seas conocido; llevas contigo a un amiguito de confianza y te pones en la esquina de la calle de la Santa Faz. Aguardáis un rato, y cuando don José Rey pase por la calle de la Tripería para ir la Casino, porque de seguro irá al Casino, ¿entendéis bien?, pues cuando pase le salís al encuentro y le dais un susto...”

-M^a Remedios, no seas tonta -indicó con magistral dignidad la señora.

-Nada más que un susto. Pues qué, ¿había yo de aconsejar un crimen...? ¡Jesús, Padre y Redentor mío! Solo la idea me llena de horror, y parece que veo señales de sangre y fuego delante de mis ojos. Nada de eso, señora mía... Un susto, y nada más que un susto, por lo cual comprenda ese bergante que estamos bien defendidas. Él va solo al Casino, señora, enteramente solo, y allí se junta con sus amigotes, los del sable y morrioncete. Figúrese usted que recibe el susto y además le quedan algunos huesos quebrantados, sin nada de heridas graves, se entiende...; pues en tal caso, o se acobarda y huye de Orbajosa, o se tiene que meter en la cama por quince días. Eso sí, hay que recomendarles que el susto sea bueno. Nada de matar..., cuidadito con eso; pero sentar bien la mano.

- María -dijo doña Perfecta con orgullo-: tú eres incapaz de una idea elevada, de una resolución grande y salvadora. Eso que me aconsejas es una indignidad cobarde.

-Bueno, pues me callo... ¡Ay de mí, qué tonta soy! -refunfuñó con humildad la sobrina del Penitenciario-. Me guardaré mis tonterías para consolarla a usted después que haya perdido a su hija. (pp. 245-246).

Como puede desprenderse de estas últimas frases, también M^a Remedios es ducha en el arte de la elocuencia, a pesar de ser una mujer vulgar y sin formación. Convencer tocando la fibra sensible de su interlocutora es el arma que utiliza en esta ocasión contra doña Perfecta, un juego de clara manipulación psicológica envuelto en un discurso de falsedad. En este sentido, utiliza los mismos argumentos que la señora de la casa y que su tío don Inocencio, Aquí se ve que ha estado rodeada de buenos maestros.

La artimaña de M^a Remedios surte efecto, pues utiliza un discurso en tono victimista para manipular la situación y conseguir sus objetivos: que Pepe Rey desaparezca del pueblo y deje paso libre a su hijo. Esto se observa al comienzo del capítulo.

Su intención es influir en su tío Don Inocencio para que siga presionando a Doña Perfecta y poniéndola en contra de su sobrino. Uno de los argumentos que le plantea es que, si no es así, su hijo pasará apuros económicos y que todos recordarán el origen humilde de su familia:

(...) Puesto que mi querido hijo ha de ser siempre un pelagatos, séalo en buena hora. Los pleitos escasean; bien pronto llegará el día en que lo mismo será la abogacía que nada. ¿De qué le vale el talento? ¿De qué valen tanto estudio y romperse la cabeza? ¡Ay! Somos pobres. Llegará un día, señor don Inocencio, en que mi pobre hijo no tendrá una almohada sobre que la reclinar la cabeza. (pág. 262).

Con su actitud victimista María Remedios consigue manipular la situación. Ella es quien mueve los hilos de la trama desde la oscuridad, puesto que no comienza a actuar, en realidad, hasta casi el final de la novela, hasta el capítulo XXV de los XXXIII de que consta la obra.

Pobre pollo en las garras del buitre, -opina Pérez Galdós- (pág. 265). Ni qué decir tiene que el *pobre pollo* es don Inocencio y el buitre *María Remedios*.

La ambición de esta mujer de ver a su hijo en una buena posición social es la única causa que le lleva a urdir la trama que desencadenará la tragedia final:

Así como estoy dispuesta a barrer las calles con la lengua, si de este modo fuera preciso ganarse la comida, así también revolveré la tierra para buscar una posición a mi hijo, para que suba y sea rico, y personaje, y caballero, y propietario, y señor, y grande, y todo cuanto hay que ser, todo, todo. (pág. 265).

* Por lo que respecta al personaje **JACINTO**, y como ya ha quedado de manifiesto en páginas anteriores, es el hijo de la sobrina de don Inocencio, María Remedios, es doctor en Leyes y está considerado como el joven más brillante y con mejor futuro de Orbajosa. Está siendo utilizado por su madre y por su tío para conseguir sus propósitos: ser los herederos de la fortuna de doña Perfecta, mediante su matrimonio con Rosario, de ahí que continuamente les visiten dejen a la pareja estar a solas durante largos espacios de tiempo, pues su objetivo es que los chicos lleguen a conocerse y a decidirse a entablar relaciones que desembocarían en un enlace matrimonial.

Su tío, don Inocencio, siempre que tiene oportunidad, encuentra el modo de apartar a Pepe de Rosario para que Jacinto pueda charlar con la muchacha.

Es un joven pedante que no ha tenido nunca ocasión de codearse con otros jóvenes de su mismo *status* en Orbajosa, pues con unos estudios como los que él ha realizado no existe ninguno en la ciudad. Por ello se considera por encima de todos los demás.

Es feliz cuando va a comunicar a Pepe Rey que Licurgo y otros labriegos, cuyas tierras colindan con las suyas, le han interpuesto un pleito y le encargan la defensa del caso: por fin podrá demostrar que es abogado y lucir en público sus tan alabadas facultades intelectuales:

(...) Pepe Rey se encontraba turbado y confuso, furioso contra los demás y contra si mismo, procurando indagar la causa de aquella pugna, entablada a pesar suyo entre su pensamiento y el pensamiento de los amigos de su tía. Caviloso y triste, augurando discordias, permaneció breve rato sentado en el banco de la glorieta, con la barba apoyada en el pecho, el ceño fruncido, cruzadas la manos, se creía solo.

De repente sintió una alegre voz que modulaba entre dientes el estribillo de una canción de zarzuela. Miró y vio a don Jacinto en el rincón opuesto de la glorieta.

(...)

Cuando Pepe oyó el zumbidillo de aquel insecto su irritación creció. Sin embargo no había odio en su alma contra el mozalbete doctor. Este le mortificaba como mortifican las moscas; pero nada. Rey sintió la molestia que inspiran todos los seres inoportunos, y como quien ahuyenta un zángano, contestó de este modo:

- ¿Qué tiene que ver la Revolución francesa con el manto de la Virgen María?

Levantóse para marchar hacia la casa, pero no había dado cuatro pasos cuando oyó de nuevo el rumor del mosquito, que decía:

- Señor don José, tengo que hablar a usted de un asunto que le interesa mucho y que puede traerle algún conflicto.

- ¿Un asunto? -preguntó el joven retrocediendo-. Veamos que es eso.

- Usted lo sospechará tal vez -dijo el mozuelo, acercándose a Pepe y sonriendo con expresión parecida a la de los hombres de negocios cuando se ocupan de alguno muy grave-. Quiero hablar a usted del pleito...

-¿Qué pleito?... Amigo mío, usted, como buen abogado, sueña con litigios y ve papel sellado por todas partes.

-Pero ¿cómo?... ¿No tiene usted noticia de su pleito? -preguntó con asombro el niño.

-¿De mi pleito?... Cabalmente yo no he pleiteado nunca.

-Pues si no tiene usted noticia, más me alegro de habérselo advertido para que se ponga en guardia. Sí señor, usted pleiteará.

-Y ¿con quién?

-Con el tío Licurgo y otros colindantes del predio llamado Los Alamillos (pp. 133-134).

Como puede desprenderse de todo el párrafo y de la continuación de la conversación entre ambos jóvenes, la actitud pueril de Jacinto es innegable. Está eufórico porque por fin podrá pleitear y llevar a los tribunales un caso de verdad.

Su euforia llega incluso al extremo de comunicar personalmente al interesado de la parte opuesta al litigio, el asunto que debe tratar como abogado defensor de los que han interpuesto la susodicha demanda, en lugar de mantener las fórmulas y dejar que sea el propio juzgado quien se lo comunique por escrito.

Otro personaje importante es **DON CAYETANO**, el hermano político de doña Perfecta y que vive bajo su mismo techo. Se toleran mutuamente porque cada uno de ellos se dedica a su labor, sin interferir en los asuntos del otro. Aunque observamos que se presenta ante Pepe Rey como un ser de carácter abierto, agradable y fácil de trato, no hay que olvidar que sus contactos con sus convecinos se limita a las “actividades intelectuales” del Casino, con los egregios varones del lugar y con el Penitenciario de la Catedral. Y así, mientras doña Perfecta atiende la hacienda, familiar, él se dedica a su trabajo intelectual, Vive inserto en sus libros y en sus investigaciones sobre la historia de Orbajosa, ajeno totalmente a la realidad del mundo que le rodea, pues no existe una relación humana directa entre él y el pueblo llano, ni está al día ni de sus problemas ni de sus maneras de pensar: vive en un mundo artificial, en un mundo por él imaginado y por él

construido. Sus opiniones acerca de su entorno, como se verá al final de la obra, dependen de las de su cuñada, de las del Penitenciario y de las del resto del pueblo. En ese sentido no tiene criterio propio ya que, al vivir totalmente enfrascado en sus investigaciones históricas, tiene poco tiempo para observar a las gentes que le rodean y sacar sus propias conclusiones sobre los diferentes asuntos que inquietan a los orbajosenses en general y a su familia y a sus amigos, en particular.

Es un ser vacío al que sólo le interesan sus investigaciones. Todo lo demás es secundario en su vida y lo narra desde el exterior, sin tener en cuenta los porqués. Un ejemplo de ello estaría en un fragmento de una misiva que envía a un amigo tras la muerte de Pepe Rey:

(...) hoy hemos tenido una sangrienta refriega en las inmediaciones de Orbajosa.

La gran partida levantada en Villahorrenda ha sido atacada por las tropas con gran coraje. Ha habido muchas bajas por una y otra parte. Después se dispersaron los bravos guerrilleros; pero van muy envalentonado, y quizás oiga usted maravillas. Mándalos, a pesar de estar herido, en un brazo, no se sabe cómo ni cuándo, Cristóbal Caballuco, hijo de aquel egregio Caballuco que usted conoció en la pasada guerra. Es el caudillo actual hombre de grandes condiciones para el mando, y además honrado y sencillo. Como al fin hemos de presenciar un arreglito amistoso, presumo que Caballuco será general del Ejército español, con lo cual uno y otro ganarán mucho. (pp.290-291).

Así, pues, el trato con las gentes del pueblo es tan nimio, que aún no ha llegado a conocer ni tan sólo a aquellos que se encuentran diariamente bajo su techo.

Don Cayetano, la catedral y Doña Perfecta convergen en la idea principal en torno a la que se construye toda la novela: la obsesión por permanecer anclados en el pasado, dormidos, con miedo a encontrarse con la realidad del despertar.

En cierto sentido, don Cayetano es también el símbolo de Orbajosa. Su constante estudio de la historia de la ciudad y de sus hijos pone de relieve la característica esencial de la urbe: su anquilosamiento. Ello le impide el paso al presente y, por supuesto, al futuro, al progreso, lo que supone un anclaje en el pasado cuyo símbolo es la catedral.

Siguiendo la línea argumentativa le toca el turno a **ORBAJOSA**, pues considero al pueblo en donde se desarrolla la acción como otro personaje protagonista de la obra, debido al estatismo de sus habitantes y a su conservadurismo y, por consiguiente, al choque que se produce al entrar en contacto con las ideas progresistas de Pepe Rey, lo que precipita los acontecimientos y aboca al asesinato del ingeniero. Pero enseguida se

extiende por la ciudad la idea de que la misión de Pepe Rey es demoler su amada y adorada catedral para construir una fábrica en su lugar.

Desde la llegada a esa del sobrino de doña Perfecta, sus gentes recelan de la misión como ingeniero del joven, sobre todo los adinerados y manipuladores del resto de la ciudad, que son los que generalmente se reúnen en el Casino, y aducen que su única misión es venir ver a la niña de doña Perfecta para casarse con ella:

Cuando Pepe Rey se presentó, recibieronle con cierto recelo³, y como en el Casino abundaba la gente graciosa, al cuarto de hora de estar allí el nuevo socio ya se habían dicho acerca de él toda suerte de cuchufletas. Cuando a las reiteradas preguntas de los socios contestó pues había venido a Orbajosa con encargo de explorar la cuenca hullera del Nahara y estudiar un camino, todos convinieron en que el señor don José era un fatuo que quería darse tono inventando criaderos de carbón y vías férreas. Alguno añadió:

- Pero en buena parte se ha metido. Estos señores sabios creen que aquí somos tontos y que se nos engaña con palabrotas... Ha venido a casarse con la niña de doña Perfecta, y cuanto diga de cuencas hulleras es para echar facha.

-Pues esta mañana -indicó otro, que era un comerciante quebrado- le dijeron en casa de las de Domínguez que ese señor no tiene una peseta, y viene a que su tía le mantenga y a ver si puede pescar a Rosario.

- Parece que no es tal ingeniero ni cosa que lo valga -añadió un propietario de olivos que tenía empeñadas sus fincas por el doble de lo que valían-. Pero ya se ve...

Estos hambrientos de Madrid de gozan en engañar a los pobres provincianos, y como creen que aquí andamos con taparrabos, amigo...

-Bien se le conoce que tiene hambre.

-Pues entre bromas y veras nos dijo anoche que somos unos bárbaros holgazanes.

- Que vivimos como los beduinos, tomando el sol.

- Que vivimos con la imaginación.

- Y que esta ciudad es lo mismito que las de Marruecos.

(...)

- También dijo con mucha delicadeza que Orbajosa es un pueblo de mendigos, y dio a entender que aquí vivimos en la mayor miseria sin darnos cuenta de ello.

- ¡Válgame Dios! Si me lo llega a decir a mi, hay un escándalo en el Casino. (pp. 143-144).

Todas estas habladurías son las que dan pie a que Pepe Rey casi sea expulsado de la catedral, que su tía se niegue a la boda de su hija y, finalmente, a su asesinato, del que todos fueron fraguando una pequeña parte, por el odio y el rencor que fueron poco a poco acumulando contra él.

Como se puede desprender de todos y cada uno de los caracteres y hacer de los protagonistas, el problema principal que se plantean los personajes es que un individuo llegado de la capital viene a cambiar sus normas, sus costumbres, en una palabra, a mover a una sociedad que durante siglos ha funcionado de una manera determinada, administrada por sus propias gentes, y nunca ha tenido la necesidad de ningún extraño que les resuelva sus problemas.

La simple idea de este cambio radical que se imagina desencadena toda una serie de movilizaciones calladas, que derivarán en los sucesos ya citados con reiteración: la muerte del joven protagonista.

A lo largo de la narración algunos temas se van simplificando, hasta llegar a su esquema más sencillo, a la abstracción social y al del amor surgido entre Rosario y Pepe Rey.

El amor entre ambos pasa, de un simple formulismo social decidido por los padres de ambos jóvenes, a un verdadero amor, a un amor puro, que será otra de las causas que desencadenen la muerte de Rey.

Observando el desarrollo de la novela podemos observar que, en principio, Rosario y Pepe sienten una mutua simpatía, después atracción, que se convierte en cariño y, posteriormente, cuando Pepe intenta ver a su prima y su tía le obliga a estar encerrada, se da cuenta de que esa necesidad que siente por ver a la joven ya no es un simple capricho, sino verdadero amor.

Igual sucede con Rosario. Durante su encierro forzoso tiene mucho tiempo para reflexionar sobre los hechos acaecidos desde que su primo llegó a la ciudad y se da cuenta de que su felicidad puede estar junto a él, porque es con él con quien se siente a gusto y que, aquella simpatía que le produjo el ingeniero cuando lo conoció, ahora se ha convertido en algo más.

Que el afecto es mutuo le queda constatado a los jóvenes la noche en que ella consigue escapar de su habitación y entrevistarse a solas con él en la capilla: no cabe duda, Pepe la quiere y ella siente lo mismo por él. Los sentimientos de los jóvenes han derivado en una espiritualización del mismo, al surgir entre ellos un amor puro y verdadero.

En resumen vemos cómo Pepe Rey representa el bienestar y el progreso, en contraposición con el anacronismo que se respira en la ciudad, progreso que los orbajosenses se empeñan en ignorar, pues éste supondría una ruptura en sus estáticas vidas, y una savia nueva que les llevaría a beber los vientos de la modernidad, y que los haría caminar paralelos a la evolución de los tiempos. El conservadurismo presente en aquellos que ostentan el poder, escudado en una falsa férrea fe cristiana, no permite que dicho progreso comience a caminar por sus calles, a penetra en sus casas, en sus mentes, a cambiar sus identidades y la de sus conciudadanos, porque saben que si continúan siendo ignorantes, serán más fáciles de manejar.

Todos los intentos por beneficiar a Orbajosa son baldíos. Los poderes fácticos pierden la batalla cuando el pueblo se une y se niega a ser puesto al día y, por lo tanto, ayudado a vivir mejor.

El estatismo de las clases medias y el afán por continuar aferrados en su posición social, tan característico del siglo XIX, es esencial en *Doña Perfecta*, pues esta protagonista femenina, como una de las principales terratenientes de esta ciudad que es, nos demuestra con sus hechos que es la principal opositora a este cambio social y una de las culpables del desenlace trágico que la novela conllevará.

Encubiertas están las mismas intenciones en aquellos que la rodean y que, en teoría, deberían aconsejarla en el camino del bien, como es el caso de don Inocencio, el Penitenciario de la catedral. Pero la avaricia podrá también con él, como ser humano que es, y ésta le abocará a una situación insólita: la soledad, el abandono por parte de su sobrina, quien lo había cuidado desde su juventud y quien ahora, en la vejez, que es cuando en realidad más falta le hacía, por no acceder a sus atroces ideas de ayudar a su hijo Jacinto a ocupar el puesto para el que estaba destinado Pepe Rey, se marcha Madrid, dejándolo desesperado.

Tras la orden de asesinar a Pepe Rey, en la conciencia de doña Perfecta parece que, en principio, queda un resquicio de sentimiento de culpabilidad pues, como explica su cuñado en una misiva a un amigo, está muy afectada por el “suicidio” de su sobrino.

El broche final lo pone la misma carta, cuando nos enteramos de que las autoridades eclesiásticas se han negado a enterrarlo en tierra sagrada, por considerarlo un suicida. Su tía, que en asuntos religiosos se ha mostrado siempre de una rigidez extrema, es incapaz de intervenir y hacer valer su autoridad en la ciudad.

Hacerlo hubiese sido contravenir las normas de la Iglesia católica y, en cierto sentido, hacer sospechar a las gentes de su posible intervención en el asunto.

Si esta acción, directamente, no derivó en un cargo de conciencia durante el resto de su vida, por su frialdad y la manera con que se desarrollaron los hechos, sí que dieron lugar a una pérdida irreparable para ella: el perder a su

hija para siempre, al tener que internarla en un sanatorio mental. Ya no sirvió la excusa de obrar en bien de la supuesta protección de la joven. Sabía perfectamente que la acción de Pepe Rey iba destinada a la salvación de Rosario pero, para seguir haciendo valer su autoridad y conservar su prestigio ante aquellos que conformaban su círculo social más inmediato, consintió en considerar el momento de la liberación de su hija como el momento más oportuno para actuar, por lo tanto, a precipitar los desencadenantes de la doble tragedia: la muerte de Pepe Rey y la pérdida de la razón de Rosario.

De no haber existido la influencia negativa de don Inocencio y su sobrina, Pepe Rey habría terminado uniéndose a su prima pero, el determinismo ambiental juega en *Doña Perfecta* un papel muy importante, como en todas las obras galdosianas. Los personajes están totalmente ligados al mundo que les rodea y unos acontecimientos precipitan otros. En este caso, una historia que tenía todas las apariencias, desde sus primeras páginas, de ser una narración en tono positivo, jovial, se convierte, desde que Pepe Rey pone los pies en Orbajosa, en una historia negativa. La atenta llamada de su tía para ver si es factible la unión con su hija, tema también eminentemente positivo, acaba deviniendo en una narración oscura, en donde abundan las tramas y conspiraciones típicas del XIX (semejantes a las confabulaciones políticas de la época, también presentes en la novela, en mayor o menor medida).

Todos estos temas se proyectan en el vivir de los ciudadanos de Orbajosa, pues Pepe Rey se convertirá, desde su llegada, en un centro de atención y en tema de conversación.

Cada uno de los habitantes de la ciudad se ha formado una opinión, según las diferentes historias que han ido inventando y que, al pasar de boca en boca, han ido tergiversando. Prueba de ello es la conversación en el Casino, en donde llegan a decir incluso que ni es ingeniero ni posee bienes ni una orden gubernamental con el propósito de explotar las minas de la cuenca del río Naharra, sino que su único objetivo es casarse y heredar.

Pepe será una víctima de Orbajosa, de las envidias de sus habitantes, de las habladurías sin fundamento y de la avaricia del Penitenciario y M^a Remedios, ayudados por la fuerza bruta de Licurgo y Caballuco quienes, en realidad, son únicamente el brazo de don Inocencio y su sobrina, quienes dirigen la voluntad de doña Perfecta aquella noche trágica que ninguno de sus protagonistas quiso explicar y que, por las palabras que pudo pronunciar el agonizante Pepe Rey, cuando se lo llevaban al hospital, se sospechaba fueron culpables. Nadie quiso hacer averiguaciones sobre el caso, debido a la posición social de los presuntos implicados en el asunto a tratar. Las revueltas que tenían lugar en la ciudad en ese momento y eran demasiado importantes para el orden de todo el país, como para dejarlas de lado y ocuparse de un caso que no quedaba claro si fue suicidio o asesinato, nadie se molestó en investigarlo y la vida en Orbajosa volvió a su “estado natural”.

Notas:

- [1] Los subrayados pertenecen a los términos y sintagmas con connotaciones negativas
- [2] Las citas están tomadas de: PÉREZ GALDÓS, Benito: *Doña Perfecta*, Ed. Cátedra, Colec. Letras Hispánicas. Edición de Rodolfo Cardona, Madrid, 1984.
- [3] Ya se observa que queda determinada la aceptación del nuevo vecino, de manera negativa.

El presente texto ha sido publicado previamente en: Santiago y Miras, M^a Ángeles: “*El determinismo ambiental en Doña Perfecta, de Benito Pérez Galdós*”. Actas del V Congreso Internacional de Hispanistas, Santa Fé (Granada), 25-28 de junio de 1999, Ed. Algazara, Málaga, 1999, pp 433-456.

© M^a Ángeles Santiago y Miras 2002
Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

El URL de este documento es <http://www.ucm.es/info/especulo/numero22/perfect.html>

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#), para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo